

EL HOMBRE ENDIOSADO

Cuando en 1797 los ejércitos franceses invadieron Italia y el obispado de Imola, el obispo de esta diócesis **Mons. Chiaramonti**, futuro Pío VII, dijo una frase que aún hoy se recuerda y se comenta: *“Sed buenos cristianos y seréis buenos demócratas”*.

¿Qué relación existe, nos preguntamos, entre el cristianismo y la democracia? ¿Tenía razón el obispo? ¿Tendrá algo que ver el César con Dios?

Tratando de encontrar una respuesta aparece en mi fichero de citas un texto de **Nicolás Berdiaeff** (Kiev, 1874 - París, 1948), escritor y filósofo ruso, cuyas profundas convicciones religiosas y su oposición al autoritarismo marcaron su obra y su vida. *“La función del Estado pertenece a los condicionamientos de este mundo. Pero el Estado sólo tiene un significado funcional y, consiguientemente, relativo. Es menester negar de todo punto la soberanía absoluta del Estado. El Estado ha tenido siempre una tendencia a traspasar sus propios límites. Ha llegado a ser una realidad autónoma. El estado quiere ser totalitario.*

Y esta afirmación no es válida sólo para el Estado comunista o fascista. También en el período cristiano de la historia hubo una regresión a la concepción pagana del Estado. Una de las acusaciones clásicas más importantes que hizo Celso a los cristianos, era que éstos se comportaban como ciudadanos malos y desleales al considerarse ciudadanos de otro reino. Ese conflicto sigue todavía. Es el eterno conflicto entre Cristo, el Dios-hombre, y el César, el hombre endiosado. La tendencia a la divinización del César es una constante histórica, que apareció en la Monarquía y puede aparecer también en la Democracia y en el Comunismo. No existe ningún tipo de soberanía terrena que pueda compaginarse con el cristianismo, ni la soberanía de la Monarquía ni la soberanía del pueblo o de una clase social. El único principio que se aviene con el cristianismo es la afirmación de los derechos inalienables del hombre. Pero el Estado difícilmente se reconcilia con ese principio”.

Juan Pablo II, con toda la fuerza de la verdad, en su encíclica *Centesimus annus*, de 1991, recordando la triste historia que ha vivido Europa a lo largo del último siglo, escribió: *“Una auténtica democracia sólo es posible en un Estado de Derecho y sobre la base de una recta concepción de la persona humana (...) Si no existe una verdad última, que guía y orienta la acción política, las ideas y las convicciones humanas pueden ser instrumentalizadas fácilmente para fines de poder. Una democracia sin valores se convierte con facilidad en un totalitarismo visible o encubierto, como demuestra la Historia”*.

Veinte años después, su sucesor **Benedicto XVI**, en su discurso a los parlamentarios alemanes en el Bundestag, repetía el mismo argumento con otras palabras: *“La política debe ser un compromiso por la justicia y crear así las condiciones básicas para la paz. Naturalmente, un político buscará el éxito, sin el cual nunca tendría la posibilidad de una acción política efectiva. Pero el éxito está subordinado al criterio de la justicia, a la voluntad de aplicar el Derecho. El éxito puede ser también una seducción, y así abre la puerta a la desvirtuación del Derecho, a la destrucción de la justicia. Quita el derecho -dijo san Agustín- y, entonces, ¿qué distingue al Estado de una gran banda de bandidos? Nosotros, los alemanes, sabemos por experiencia que estas palabras no son una mera quimera”*.

Por algo el jesuita francés **Henri de Lubac** escribió: *“No es verdad que el hombre sea incapaz de organizar la tierra sin Dios. Pero sí es verdad que sin Dios no puede, en definitiva, organizarla más que contra los demás hombres”*.